**ESTRACTO DEL LIBRO “EN EL NOMBRE DE LA ROSA” DE UMBERTO ECO.**

Primer día

SEXTA

Donde Adso admira la portada de la iglesia y Guillermo reencuentra

a Ubertino da Casale.

La iglesia no era majestuosa como otras que vi después en Estrasburgo,

Chartres, Bamberg y Par¡s. Se parecía más bien a las que ya había visto en

Italia, poco propensas a elevarse vertiginosamente hacia el cielo, sólidas y bien

plantadas en la tierra, a menudo más anchas que altas, con la diferencia, en

este caso, de que, como una fortaleza, la iglesia presentaba un primer piso de

almenas cuadradas, por encima del cual se erguía una segunda construcción,

que más que una torre era una segunda iglesia, igualmente sólida, calada por

una serie de ventanas de línea severa, y cuyo techo terminaba en punta.

Robusta iglesia abacial, como las que construían nuestros antiguos en

Provenza y Languedoc, ajena a las audacias y al exceso de filigranas del estilo

moderno, y a la que sólo en tiempos más recientes, creo, habían enriquecido,

por encima del coro, con una aguja, audazmente dirigida hacia la cúpula

celeste.

Ante la entrada, que, a primera vista, parecía un solo gran arco, destacaban

dos columnas rectas y pulidas de las que nacían dos alfeizares, por encima de

los cuales, a través de una multitud de arcos, la mirada penetraba, como en el

corazón de un abismo, en la portada propiamente dicha, que se vislumbraba

entre la sombra, dominada por un gran tímpano, flanqueado, a su vez, por dos

pies rectos, y, en el centro, una pilastra esculpida que dividía la entrada en dos

aberturas, defendidas por puertas de roble con refuerzos metálicos. En aquel

momento del día el sol caía casi a pi co sobre el techo, y la luz daba de sesgo

en la fachada, sin iluminar el tímpano. De modo que, después de pasar entre

las dos columnas, nos encontramos de golpe bajo la cúpula casi selvática de

los arcos que nacían de la secuencia de columnas menores que reforzaban en

forma escalonada los alféizares. Cuando por fin los ojos se habituaron a la

penumbra, el mudo discurso de la piedra historiada, accesible, como tal, de

forma inmediata a la vista y a la fantasía de cualquiera (porque pictura est

laicorum literatura), me deslumbró de golpe sumergiéndome en una visión que

aún hoy mi lengua apenas logra expresar.

Vi un trono colocado en medio del cielo, y sobre el trono uno sentado. E1 rostro

del Sentado era severo e impasible, los ojos, muy abiertos, lanzaban rayos

sobre una humanidad cuya vida terrenal ya había concluido, el cabello y la

barba caían majestuosos sobre el rostro y el pecho, como las aguas de un río,

formando regueros todos del mismo caudal y divididos en dos partes

simétricas. En la cabeza llevaba una corona cubierta de esmaltes y piedras

preciosas, la túnica imperial, de color púrpura y ornada con encajes y bordados

que formaban una rica filigrana de oro y plata, descendía en amplias volutas

hasta las rodillas. Allí se apoyaba la mano izquierda, que sostenía un libro

sellado, mientras que la derecha se elevaba en ademán no sé si de bendición o

de amenaza. Iluminaba el rostro la tremenda belleza de un nimbo cruciforme y

florido, y alrededor del trono y sobre la cabeza del Sentado vi brillar un arco iris

de esmeralda. Delante del trono, a los pies del Sentado, fluía un mar de cristal,

y alrededor del Sentado, en torno al trono y por encima del trono vi cuatro

animales terribles. . . terribles para mí que los miraba en éxtasís, pero dóciles y

agradables para el Sentado, cuya alabanza cantaban sin descanso.

En realidad, no digo que todos fueran terribles, porque el hombre que a mi

izquierda (a la derecha del Sentado) sostenía un libro me pareció lleno de

gracia y belleza. En cambio, me pareció horrenda el águila que, por el lado

opuesto, abría su pico, plumas erizadas dispuestas en forma de loriga, garras

poderosas y grandes alas desplegadas. Y a los pies del Sentado, debajo de

aquellas figuras, otras dos, un toro y un león, aferrando entre sus cascos y

zarpas sendos libros, los cuerpos vueltos hacia afuera y las cabezas hacía el

trono, lomos y cuellos retorcidos en una especie de ímpetu feroz, flancos

palpitantes, tiesas las patas como de bestia que agoniza, fauces muy abiertas,

colas enroscadas, retorcidas como sierpes, que terminaban en lenguas de

fuego. Los dos alados, los dos coronados con nimbos, a pesar de su apariencia

espantosa no eran criaturas del infierno, sino

del cielo, y si parecían tremendos era porque rugían en adoración del Venidero

que juzgaría a muertos y vivos.

En torno al trono, a ambos lados de los cuatro animales y a los pies del

Sentado, como vistos en transparencia bajo las aguas del mar de cristal,

llenando casi todo el espacio visible, dispuestos según la estructura triangular

del tímpano, primero siete más siete, después tres más tres y luego dos más

dos, había veinticuatro ancianos junto al trono, sentados en veinticuatro tronos

menores, vestidos con blancas túnicas y coronados de oro. Unos sostenían

laúdes; otros, copas con perfumes; pero sólo uno tocaba, mientras los demás,

en éxtasis, dirigían los rostros hacia el Sentado, cuya alabanza cantaban, los

brazos y el torso vueltos también como en los animales, para poder ver todos al

Sentado, aunque no en actitud animalesca, sino detenidos en movimientos de

danza extática -como la que debió de bailar David alrededor del arca-, de forma

que, fuese cual fuese.su posición, las pupilas, sin respetar la ley que imponía la

postura de los cuerpos, convergiesen en el mismo punto de esplendente fulgor.

¡Oh, qué armonía de entrega y de ímpetu, de posiciones forzadas y sin

embargo llenas de gracia, en ese místico lenguaje de miembros

milagrosamente liberados del peso de la materia corpórea, signada cantidad

infundida de nueva forma sustancial, como si la santa muchedumbre se

estremeciese arrastrada por un viento vigoroso, soplo de vida, frenesí de gozo,

jubiloso aleluya prodigiosamente enmudecido para transformarse en imagen!

.

Cuerpos y brazos habitados por el Espíritu, iluminados por la revelación,

sobrecogidos y cogidos por el estupor, miradas exaltadas por el entusiasmo,

mejillas encendidas por el amor, pupilas dilatadas por la beatitud, uno

fulminado por el asombro hecho goce y otro traspasado por el goce hecho

asombro, transfigurado uno por la admiración y rejuvenecido otro por el deleite,

y todos entonando, con la expresión de los rostros, con los pliegues de las

túnicas, con el ademán y la tensión de los brazos, un cántico desconocido,

entreabiertos los labios en una sonrisa de alabanza imperecedera. Y a los pies

de los ancianos, curvados por encima de ellos, del trono y del grupo tetramorfo,

dispuestos en bandas simétricas, apenas distinguibles entre sí, porque con tal

sabiduría el arte los había combinado en armónica conjunción, iguales en la

variedad y variados en la unidad únicos en la diversidad y diversos en su perfecto ensamblaje, ajustadas sus partes con prodigiosa precisión y coloreadas con tonos delicados y agradables, milagro de concordia y consonancia de voces distintas entre sí, trama equilibrada que evocaba la disposición de las cuerdas en la cítara, continuo

parentesco y confabulación de formas que, por su profunda fuerza interior,

permitían expresar siempre lo mismo a través, precisamente, del juego

alternante de las diferencias ornamento, reiteración y cotejo de criaturas

irreductibles entre sí y sin cesar reducidas unas a otras, amorosa composición,

efecto de una ley celeste y mundana al mismo tiempo (vínculo y nexo

constante de paz, amor, virtud, gobierno, poder, orden, origen, vida, luz,

esplendor, figura y manifestación), identidad que en lo múltiple brillaba con la

luminosa presencia de la forma por encima de la materia, convocada por el

armonioso conjunto de sus partes.. Allí, de este modo, se entrelazaban todas

las flores, hojas, macollas, zarcillos y corimbos de todas las hierbas que

adornan los jardines de la tierra y del cielo, viola, cítiso, serpol, lirio, alheña,

narciso, colocasia, acanto, malobatro, mirra y opobálsamos.

Pero cuando ya mi alma, arrobada por aquel concierto de bellezas terrestres y

de majestuosos signos de lo sobrenatural, estaba por estallar en un cántico de

júbilo, el ojo, siguiendo el ritmo armonioso de los floridos rosetones situados a

los pies de los ancianos, reparó en las figuras que, entrelazadas, formaban una

unidad con la pilastra central donde se apoyaba el tímpano. ¿Qué

representaban y qué mensaje simbólico comunicaban aquellas tres parejas de

leones entrelazados en forma de cruz dispuesta transversalmente, rampantes y

arqueados, las zarpas posteriores afirmadas en el suelo y las anteriores

apoyadas en el lomo del compañero, las melenas enmarañadas, los mechones

que se retorcían como sierpes, las bocas abiertas, amenazadoras, rugientes,

unidos al cuerpo mismo de la pilastra por una masa, o entrelazamiento denso,

de zarcillos? Para calmar mi ánimo, como, quizá también, para domesticar la

naturaleza diabólica de aquellos leones y para transformarla en simbólica

alusión a las cosas superiores, había, en los lados de la pilastra, dos fi guras

humanas, de una altura antinatural, correspondiente a la de la columna, que

formaban pareja con otras dos, situadas simétricamente frente a cada una de

ellas, en los pies rectos historiados por sus caras externas, donde estaban las

jambas de las dos puertas de roble: cuatro figuras, por tanto, de ancianos

venerables, cuya parafernalia me permitió reconocer que se trataba de Pedro y

Pablo, de Jeremías e Isaías, también ellos vueltos como en un paso de danza,

alzadas las largas manos huesudas con los dedos desplegados como alas, y

como alas las barbas y cabelleras arrastradas por un viento profético, agitados

los pliegues de sus larguísimas túnicas por unas piernas larguísimas que

infundían vida a ondas y volutas, opuestos a los leones pero de la misma

pétrea materia. Y al retirar la vista, fascinada por aquella enigmática polifonía

de miembros sagrados y abortos infernales, percibí, en los lados de la portada,

y bajo los arcos que se escalonaban en profundidad, historiadas a veces sobre

los contrafuertes, en el espacio situado entre las delgadas columnas que los

sostenían y adornaban, y también sobre la densa vegetación de los capiteles

de cada columna, ramificándose desde allí hacia la cúpula selvática de

innumerables arcos, otras visiones horribles de contemplar, y sólo justificadas

en aquel sitio por su fuerza parabólica y alegórica, o por la enseñanza moral

que contenían: vi una hembra lujuriosa, desnuda y descarnada, roída por sapos

inmundos, chupada por serpientes, que copulaba con un sátiro de vientre

hinchado y piernas de grifo cubiertas de pelos erizados y una garganta

obscena que vociferaba su propia condenación, y vi un avaro, rígido con la

rigidez de la muerte, tendido en un lecho suntuosamente ornado de columnas,

ya presa impotente de una cohorte de demonios, uno de los cuales le

arrancaba de la boca agonizante el alma en forma de niñito (que, ¡ay!, ya

nunca nacería a la vida eterna), y vi a un orgulloso con un demonio trepado

sobre sus hombros y hundiéndole las garras en los ojos, mientras dos golosos

se desgarraban mutuamente en un repugnante cuerpo a cuerpo, y vi también

otras criaturas, con cabeza de macho cabrío, melenas de león, fauces de

pantera, presas en una selva de llamas cuyo ardiente soplo casi me quemaba.

Y alrededor de esas figuras, mezclados con ellas, por encima de ellas y a sus

pies otros rostros y otros miembros, un hombre y una mujer que se cogían de

los cabellos, dos serpientes que chupaban los ojos de un condenado, un

hombre que sonreía con malignidad mientras sus manos arque adas mantenían

abiertas las fauces de una hidra, y todos los animales del bestiario de Satanás,

reunidos en consistorio y rodeando, guardando, coronando el trono que se

alzaba ante ellos, glorificándolo con su derrota: faunos, seres de doble sexo,

animales con manos de seis dedos, sirenas, hipocentauros, gorgonas, arpías,

íncubos, dracontópodos, minotauros, linces, leopardos, quimeras, cinóperos

con morro de perro, que arrojaban llamas por la nariz, dentotiranos,

policaudados, serpientes peludas, salamandras, cerastas, quelonios, culebras,

bicéfalos con el lomo dentado, hienas, nutrias, cornejas, cocodrilos, hidropos

con los cuernos recortados como sierras, ranas, grifos, monos, cinocéfalos,

leucrocotas, mantícoras, buitres, parandrios, comadrejas, dragones, upupas,

lechuzas, basíliscos, hipnales, présteros, espectáficos, escorpiones, saurios,

cetáceos, esquítalas, anfisbenas, jáculos, dípsados, lagartos, rémoras, pólipos,

morenas y tortugas. Portal, selva oscura, páramo de la exclusión sin

esperanzas, donde todos los habitantes del infierno parecían haberse dado cita

para anunciar la aparición, en medio del tímpano, del Sentado, cuyo rostro

expresaba al mismo tiempo promesa y amenaza, ellos, los derrotados del

Harmagedón, frente al que vendrá a separar para siempre a los vivos de los

muertos. Desfalleciendo (casi) por aquella visión, sin saber ya si me hallaba en

un sitio tranquilo o en el valle del juicio final, fui presa del terror y apenas pude

contener el llanto, y creí oír (¿o acaso oí?) la voz, y vi las visiones que habían

acompañado mi niñez de novicio, mis primeras lecturas de los libros sagrados y

las noches de meditación en el coro de Melk, y en el delirio de mis sentidos

debilísimos y debilitados oí una voz poderosa como de trompeta que decía “lo

que vieres, escríbelo en un libro” (y es lo que ahora estoy haciendo), y vi siete

lámparas de oro, y en medio de las lámparas Uno semejante a hijo de hombre,

con el pecho ceñido por una faja de oro, cándida la cabeza y la cabellera como

de cándida lana, los ojos como llamas ardientes, los pies como bronce fundido

en la fragua, la voz como estruendo de aguas tumultuosas, y con siete estrellas

en la mano derecha y una espada de doble filo que le salía de la boca. Y vi una

puerta abierta en el cielo y El que en ella estaba sentado me pareció como de

jaspe y sardónica, y un arco iris rodeaba el trono y del trono surgían

relámpagos y truenos. Y el Sentado cogzió una hoz afilada y gritó: “Arroja la

hoz y siega, ha llegado la hora de la siega, porque está seca la mies de la

tierra.” Y El que estaba sentado arrojó su hoz sobre la tierra y la tierra quedó

segada.

Entonces comprendí que la visión hablaba precisamente de lo que estaba

sucediendo en la abadía y de lo que nos habíamos enterado por las palabras

reticentes del Abad. . Y cuántas veces en los días que siguieron volví a

contemplar la portada, seguro de estar viviendo los hechos que allí

precisamente se narraban.,Y comprendí que habíamos subido hasta allí para

ser testigos de una inmensa y celestial carnicería.